

¿Vos sabés cómo me llamo?

Me asomé a una habitación por una ventana chiquita:

–Señorita Paradise –interpeló la enfermera jefa con el gesto torcido. En este corredor se alojan personas que merecen como mínimo nuestro respeto. No creo que ir escudriñando por su cuenta sea una forma profesional de empezar unas prácticas.

Unas prácticas. Había cambiado mis vacaciones de esquí por unas prácticas de Gerontología. Madrid estaba cubierta de nieve y barro. Y aquella mujer era tan gélida como los azulejos blancos que cubrían el pasillo principal del suelo al techo. Casi no había límites entre los rasos calados, los fluorescentes tiritando y los desagüeros colocados cada seis zancadas. Solo faltaban las camas de entreguerras, inamovibles, con barrotes salpicados por el óxido y la enfermedad.

–Estas habitaciones del fondo son las más antiguas, no han tenido cabida en la última reforma. Mantienen las camas originarias hasta nueva orden, pero repintadas y engrasadas siguen dando servicio. Éste será su sector, señorita Paradise.

–¿Cuándo empezaría? –pregunté temiéndome la respuesta.

–No tengo inconveniente en que se incorpore de inmediato –abrió una puerta que me arrojó a un ropero–. Coja una bata y unos zuecos de goma. Y levante a los enfermos, por favor.

Me planté el uniforme azul, pero no pude encajar mis pies en zueco alguno. A sabiendas de que no era el procedimiento adecuado, de que lo principal en un aspirante a cuidadora es la profesionalidad, el aspecto aséptico, el aceptar las reglas para superar la prueba, no creí necesario despojarme de mis botas de tacón cubano. Un último capricho a costa de mi legado antes de enfrentarme a la realidad laboral. Mamá había congelado mi asignación. “Tu padre no aprobaría tu vida desprovista de sentido, Valeria” –había sentenciado tendiéndome un café para aliviar mi enésima resaca. “Debes recuperar la energía, aceptar su pérdida y pensar en tu porvenir” –terminó, con los ojos llenos de lágrimas. Quise protestar las nuevas condiciones, pero no tuve valor de negarme a ello.

Salí al pasillo y comprobé que la mujer había desaparecido; tal vez se hubiera olvidado de mi intromisión en su territorio. Aprovechando su despiste, o su abandono a propósito, me dediqué a husmear las habitaciones asignadas: un módulo de hombres

aguerridos que parecían deshacerse en jirones invisibles. Los cerebros enfermos se convierten en un ovillo de lana a merced de un gato rabioso, que entresaca los recuerdos y los zarandea, que mordisquea la identidad y la despoja de valor. Casi todas las puertas permanecían entrecerradas como los ojos de la mayoría de los encamados. Uno de ellos, sin embargo, aseado y sentado en el borde de la cama, captó mi atención:

–Ahí lo tiene –me sorprendió una limpiadora tan entrada en edad como en carnes. Sin atender a la recuperación de mi corazón asustadizo, siguió–. Todos los días se levanta, se repeina, prepara la cama y se sienta en el borde. No baja a los talleres, apenas se comunica, no permite que nadie lo maneje. De cuando en cuando pregunta, ¿vos *sabés* cómo me llamo? Tú le contestas y sigues a lo tuyo.

–Y, ¿cómo se llama? –indagué. La matrona encogió los hombros.

–No tengo ni idea.

Me pareció inaceptable la actitud. Inaceptable del todo. Debió notarse en las arruguitas sobre mi nariz, porque rápidamente intentó explicarse:

–No todos los internos tienen la suerte de contar con una familia que los identifique, los quiera y los visite. El mal de Alzheimer es una enfermedad dura, que lamentablemente no todos podemos soportar, ni siquiera con la mejor de las voluntades.

Yo ya lo sabía. Todo empezó con pequeños olvidos, dolores de cabeza, *chocheces*, en boca de ignorantes. De ahí, a no saber dónde se está hay un paso corto, un umbral de caída libre a un precipicio desconocido y terrible que te desraíza de los recuerdos y de la persona que eres. De la esposa, de los hijos. Así había fallecido mi padre: con hechuras de viejo y el cerebro de un niño.

–¿Cree que le incomodaría si paso?

–La *gobernanta* no volverá en un rato, tiene su cita diaria con el café con churros. Pero no se haga muchas ilusiones.

No, no me hacía muchas ilusiones. Sabía a lo que me enfrentaba. El sol rebelde de diciembre me obligó a entornar los ojos. Cerré los visillos y le miré de espaldas. El pelo rasurado, la inclinación pesarosa de la nuca, parecía un adolescente forzado a salir de campamento. Mis tacones hacían ruido al tocar el suelo de gres. Me fijé en sus zapatos desacordonados. En color blanco y caramelo, impolutos, preparados para bailar un tango. Gardel. Cuántas veces había escuchado a mi padre cantar bajo el sombrero:

–*Con este tango que es burlón y compadrito...* –tararé sin saber seguir. Las letras se olvidan, las melodías no.

–*Se ató dos alas la ambición de mi suburbio...* –musitó.

–*Con este tango nació el tango y como un grito...* –continué.

Él calló. La música, la música que nunca se olvida. Los ojos vacuos se prendieron de mis zapatos. Si yo me movía, las baldosas retumbaban y él me seguía con la vista. El tacón y la baldosa. Tap tap tap tap, tap tap tap tap.

–Señorita Paradise, ese calzado que lleva no es el reglamentario –desaprobó la *gubernanta* mi paseíllo experimental.

–Lo sé, lo sé; ninguno me vale.

–¿Cuál es su número?

Al día siguiente tenía un par de zuecos esperándome. Me los calcé y dediqué mis pasos mudos a cuidar de los enfermos asignados. Los aseé, les proporcioné el desayuno y los conduje hasta los talleres: dibujos, música, crucigramas, ejercicio físico, descanso en el corredor con vistas al jardín. Todo ello enfocado a capturar los recuerdos, las capacidades, las personas, que se nos escapan como las hojas estrelladas caen de las ramas al primer soplo de otoño. En cuanto llegó la hora del refrigerio subí a planta a observar a Benjamín. Era un nombre ficticio, un nombre corriente en su patria, la Argentina. Había revisado su ficha, poco que sirviese. *Emigrante que tocaba el bandoneón en la calle*. Décadas durmiendo en la misma acera. Un vecino avisó a los sanitarios de su falta de alimento, su deambular nocturno y de sus cambios de humor. Le diagnosticaron pronto y lo trasladaron a la clínica. El hombre sobre la cama. Su renuncia se convirtió en mi obsesión por ayudarlo.

Intercambiaba en mis visitas los zuecos por los cubanos, y entraba con paso firme haciendo temblar el suelo, tarareando canciones que recordaba, que imaginé le servirían. Más de una vez me llevé alguna reprimenda por mi falta de consideración hacia el descanso de los internos, mi falta de atención hacia las normas del atuendo clínico, mi ingenuidad al pensar que con un tarareo y un caminar cadencioso iba a hacer reaccionar las neuronas inconexas. También traté de buscarle orígenes. Extranjería, casas de emigrantes, comedores sociales. Fue el dueño de un restaurante criollo el que me hizo recapacitar:

–Puede ser cualquiera, señorita. Cualquier niño blanquinegro en esas fotos colgadas. Cualquier *pibe* que sonrío ante la cámara junto a su madre, junto a sus hermanas, allá en su tierra, antes de la Reorganización Nacional.

–Cualquiera o todos al tiempo. O ninguno: sin retrato, sin memoria, sin nombre siquiera.

–Pero *fueyes*, bandoneones, van quedando pocos, y lo mismo tiene grabado su nombre. Un regalo familiar, de una *pebeta* apalabrada, el nombre de la orquesta, el sello del *luthier* que lo afinó...

Mientras mis compañeras adornaban la clínica con muérdago artificial y cintas brillantes, yo registré la habitación de Benjamín. Mientras ellas repartían la libranza en vísperas de fiesta a su capricho, y brindaban por su suerte con sidra y turrón, yo me encerré en el cuarto trastero. Mientras el villancico de moda retumbaba en el salón principal y, enfermos, empleados y familiares trataban de aprender la letra, yo me colé en el despacho de la enfermera jefe:

–Sé lo que pretende, señorita Paradise –dijo al descubrirme husmeando en sus armarios.

–¿Lo sabe? –pregunté avergonzada, cogida en falta.

–Todos buscamos lo mismo, señorita Paradise –me dedicó una sonrisa condescendiente.

–¿El bandoneón?

A lo lejos sonaban notas desacordes con la música.

–Cualquier objeto que nos proporcione respuestas. Somos tan egoístas que pretendemos controlar hasta los recuerdos de las personas que nos importan. Si controlamos su memoria, tal vez no se vayan nunca, ¿verdad, Valeria?

Su lucidez me estremeció. Asentí y quise regresar a casa.

–En cuanto al bandoneón, aquí tiene la dirección del anticuario que nos lo compró. Para sufragar parte de los gastos del anciano; es el procedimiento habitual.

El anticuario guardaba el *bisonoro* amordazado sobre la balda de una vitrina que daba a la calle. Ante la desmesura de su precio, y su reiterada negativa a dejármelo tocar, enarbolando trabajos de restauración que nunca comprendí, jugué con espejos que me devolvían únicamente el nombre de la fábrica alemana: doble A. Intenté forzar la cerradura una tarde que se había ausentado sin bajar la persiana. No soportándolo más, rompí el cristal con mis tacones, sonó la alarma y escapé con la patrulla pisándome los talones desnudos. *Para que no me olvides, Anselmo. Como aquella Gricel que dice el tango.*

Me impresionó no encontrarlo sentado en el borde de la cama. Me asusté. Siempre tememos lo peor cuando cuidamos de alguien enfermo. Siempre sufrimos antes de que lo inevitable se produzca. Después también, pero no es comparable la amargura de la pérdida, al miedo que tuvimos antes. Sin embargo, allí estaba, delante del espejo, sin poder desenvolverse en el aseo diario. “Irremisiblemente, avanza” –pensé. Y agarré con mis manos su peine para pasarlo por el pelo mojado.

–Anselmo –le nombré.

Él me miró sin mirar, con las pupilas cansadas:

–Sabía que te regresarías.

Me sentí eufórica, quise gritar de contento. Lo tenía, lo tenía.

–Anselmo, Anselmo –repetí.

Él bajó los ojos hasta mis zuecos de goma:

–¿Vos *sabés* cómo me llamo?

Gerard Lantier